

APENDICE

HOMILIA DE LA LITURGIA ECUMENICA DE CLAUSURA

(Los ángeles, «espíritus litúrgicos»)

Enséñanos, Señor, a suplicarte con todos tus ángeles, a alabarte con tus ángeles, a servirte con tus ángeles. Amen.

Queridos cristianos:

«En compañía de ángeles voy por todas partes, ellos me protegerán...».

Esto aprendí de niño en mi patria noruega. Y algo parecido hemos aprendido todos en nuestra niñez. De una manera especial nos encontramos esta semana rodeados por ángeles. No pienso que en nuestra *Consultatio*, nosotros en cuanto cristianos de tradiciones diversas intentemos presentarnos en nuestra asamblea unos a otros como especialmente «angelici», semejantes a los ángeles. Los ángeles de Dios tampoco fueron un tema especialmente querido para el teólogo Martín Lutero, a cuyo recuerdo está dedicado este congreso de Salamanca. Su bendición matutina, muy utilizada posteriormente, concluye con las palabras: «Que tu Santo Angel sea conmigo, para que el enemigo maligno no tenga ningún poder sobre mí».

Sencillamente pienso en el hecho de que ayer, 29 de septiembre, fue el antiguo día festivo del Santo Arcángel Miguel y que el domingo, 2 de octubre, es la fiesta de los Santos Angeles Custodios. Así que estamos rodeados íntimamente tanto por ángeles como por días festivos angélicos.

«Angeles: ¿los hay?» —este fue hace unos años el título de una película sueca. En todo caso, sobre la Europa del Norte y Centroeuropa, donde conozco un poco la situación espiritual, creo poder afirmar que actualmente, en la proclamación cristiana no se habla apenas de los ángeles. Nos hallamos en una especie de confusión

cristiana que también se refleja en el hecho de que los ángeles tanto en nuestra liturgia común como en la piedad individual no desempeñan papel alguno.

Dos causas aparecen de inmediato sospechosas. Una está en conexión con la referencia temática a la realidad de nuestra época. El universo de nuestros bisabuelos, poblado por ángeles y demonios, no encuentra hoy una justificación. A nuestro positivismo, amontonado a través de los siglos, le es bastante difícil incluir a Dios en una visión de la realidad llena de sentido, por no hablar de seres sobrenaturales subordinados —o como le queramos llamar. Un «hombre moderno» no puede creer totalmente sin prejuicios en la existencia de los ángeles. Y en un determinado aspecto, no sin importancia, la modernidad está en lo cierto. Demasiado superficial e inocentemente, mediante la imaginación y con la ayuda de las representaciones religioso-artísticas tradicionales, los hombres de todas las épocas hasta nuestros días se han imaginado en el tiempo y en el espacio a los ángeles de Dios como figuras especiales, fáciles de describir, para preguntarse después si los seres que me represento en mi imaginación existen o no. ¿Existen esos seres, semejantes a los hombres, pintados en mi fantasía, provistos de alas, que cruzan la estratosfera con vestiduras blancas? Si encontrase mañana en el jardín o en la calle una pluma indiferenciada, ¿sospecharía que por la noche ha pasado por allí un ángel y que ha perdido sin darse cuenta alguna de sus plumas?

Frente a esta teoría, reaccionaría sin comprensión y con total rechazo; y en cuanto cristiano, no me avergonzaría de mi incredulidad. Bien entendido, el escepticismo del hombre moderno ante nuestra autocomprensión es un baño purificador saludable. Sólomente sería dañino, si después de la purificación quisiéramos beber el agua del baño y si creyésemos que podría servir como agua de la vida.

En segundo lugar, la abolición de los ángeles en el cristianismo actual tiene también que ver con un motivo auténticamente cristiano: para mantener la gloria de Dios y confirmar la singularidad del acontecimiento de Cristo nos creemos en la obligación de tener que suprimir todas las figuras que se pudieran interferir como contrarias en el campo visual espiritual. A nosotros en cuanto cristianos, y tal vez de una forma especial como cristianos protestantes, nos inquietan los ángeles, porque nos inquieta aquello de lo que nos advierte el Apóstol en la Carta a los Colosenses de la «veneración de los ángeles». Podría suceder lo mismo que en las iglesias protestantes, cuando acá y allá luchamos tan radicalmente por la gloria de Dios contra la veneración de los santos, que corremos peligro de perder totalmente los santos y, con ello, la dimensión de la Iglesia de Cristo que trasciende tiempo y espacio. Una auténtica teología de los santos, como una teología verdadera de los ángeles, se deja reconocer en el hecho de que no recorta la gloria de Dios ni el honor de Jesucristo, sino que los realza, los ilustra, los aumenta.

En el fondo de la convicción cristiana sobre los ángeles no hay juegos de fantasía o especulaciones vacías, sino una convicción fundamental: a Dios, creador del universo, le están, en todo tiempo y lugar, voluntades y fuerzas disponibles, que desarrollan su plan creador y que expresan el sentido de este universo como glorificación, alabanza y ensalzamiento de la voluntad creadora divina. Santo Tomás de Aquino, llamado el *doctor angelicus* de la Iglesia, el maestro angélico, presentó, como nadie antes o después de él, el universo como un testimonio uniforme de la voluntad creadora colectiva. Se ha dicho de él que, si no hubiese podido encontrar los ángeles en la Biblia, los hubiera tenido que inventar por causa de la universalidad de la creación. Bien entendido, esto no constituye ninguna acusación contra él, sino una confirmación de la visión bíblica de los ángeles como promotores e intérpretes de la armonía universal de la creación de Dios. A pesar de la distinción inmensa entre Dios y el hombre, no hay entre ellos ningún vecío abismal. Entre él y nosotros hay una plenitud infinita de amor, cántico de alabanzas y obsequiosidad; de forma que nosotros y toda creatura estamos abarcados y penetrados totalmente por la buena voluntad de nuestro Creador. ¿No es esta también la vivencia de la prisión del testigo de la fe alemán y mártir de la guerra, Dietrich Bonhoeffer, quien, por otra parte, se preocupó tanto por un cristianismo terrenal y concreto?

«Puestos a salvo milagrosamente por fuerzas buenas, consolados esperamos lo que va a venir. Dios está con nosotros al ocaso y a la aurora y con completa seguridad cada nuevo día».

A través de toda la Escritura corre —o vuela— una marcha luminosa de ángeles. Si se acercaran mucho a nosotros, nos asustarían porque son mensajeros de una pureza sobrenatural. No sólo los querubines que le cerraron a Adán y a Eva el camino del paraíso, sino los testigos de la salvación que presentaron a Jacob la escala entre el cielo y la tierra, que invitaron a Isaías a su ministerio de profeta, que anunciaron a los pastores en el campo y a las mujeres en la tumba la buena nueva. Sin interrupción, transmiten el saludo esperanzador: «¡No temáis!». Los ángeles existen por amor de Dios y están aquí presentes por causa de los hombres, ya que existen por causa de la unión de toda la creación con su Creador.

En nuestro texto, el himno a Cristo, que aparece como capítulo introductorio en la Carta a los Hebreos, los ángeles desempeñan un modesto papel, pero al mismo tiempo de una importancia extraordinaria. El autor intenta por todos los medios presentar a Cristo como único y singular. En cualquier aspecto es superior a los ángeles y precisamente esto confirma su superioridad; pues de quien es «mayor que los ángeles» ¿qué se puede decir todavía como mensa-

jero? Cristo, que nos ha comunicado de forma única y definitivamente el cielo, está sentado a la derecha de Dios, es decir, es plenipotenciario del poder creador en el mundo, él y ningún otro. Los ángeles no son ni soberanos ni salvadores. Soberano y Salvador lo es solamente él. Pero, ¿qué son los ángeles? Son los servidores que colaboran en la soberanía y en la realización de la salvación de Cristo de una forma totalmente singular. Al dejarse representar Cristo en el mundo por medio de los ángeles, su actividad se expresa de una forma más clara, más intensa y más real en el vivir cotidiano humano y terreno.

Oigamos lo que nos dice el Salmo 103: «Tiene el Señor su trono sobre el cielo, y su reino gobierna el universo. Bendecid al Señor todos sus ángeles, héroes potentes, agentes de sus órdenes, en cuanto oís la voz de su palabra. Bendecid al Señor, todas sus huestes, servidores suyos, ejecutores de su voluntad. Bendecid al Señor, todas sus obras, en todos los lugares de su imperio».

Aquí los ángeles están pintados como los principales y ejemplares realizadores del sentido total del ser creado. Los ángeles son los que sin dudas ni titubeos realizan aquello a lo que toda la creación de Dios está llamada, es decir, alabar a Dios en palabras y obras. Sentido del universo, sentido del tiempo, sentido de la eternidad es cántico de alabanza, la armonía de toda evolución vital, para gloria de Dios. Todo lo que Dios ha creado: ángeles, hombres, animales, plantas, mar y montañas, el universo en sus dimensiones infinitas: todo ha sido creado para contribuir a la armonía de la creación. Dicho de otro modo, ha sido creado para gloria y alabanza de su creador. Los ángeles encabezan este cántico de alabanza y contribuyen a la formación y renovación de este coro de alabanza. Son nuestros auténticos cantores modelos.

En nuestro texto los ángeles son descritos con una expresión preñada de contenido. Aquí no estoy totalmente satisfecho con la traducción «espíritus servidores» de Lutero. En el texto griego se dice *leitourgika pneúmata*, que traducido literalmente sería «espíritus litúrgicos». «Servir», «servicio» y «servidor» se expresan en el Nuevo Testamento de diversas formas. *Douleía* expresa el servicio como subordinación incondicional. *Diaconía* como activo *ser-para-el-otro*. *Leiturgia* significa, sin embargo, servicio al templo, acción sacrificial en el altar, «servicio a Dios» en el sentido más íntimo y propio. Estos «servidores de Dios litúrgicos» son los ángeles. Pero en la misma frase donde se dice esto, aparece también la palabra hermana *diaconía*. Los ángeles son enviados —por Dios, se sobreentiende— para prestar ayuda activa a los que «deben heredar la salvación».

De acuerdo con la promesa de Dios en Cristo podemos decir que están aquí por nuestra causa, para servirnos. Así como nuestro Señor y Salvador fue confortado y consolado por un mensajero divino en la noche de Getsemaní, así también nosotros podemos contar con la ayuda de enviados celestiales. No porque Dios mismo no

deba preocuparse de nosotros, sino precisamente porque lo hace. El consuelo de un ángel no es distinto del consuelo de Dios, sino que es idéntico a este consuelo. Dios tiene a su disposición «espíritus litúrgicos» cuya participación en la liturgia universal, manantial de alegría, no se acaba en un lugar litúrgico separado de nuestro mundo, sino que se traduce en servicio *para* nosotros, en servicio *con*, y todavía más, en servicio *a través de* nosotros. Pues ángel, *ángeles*, significa enviado y como mensajeros y mediadores del amor de Dios también nosotros somos enviados unos a otros. También nosotros estamos llamados en este sentido al servicio *angélico*: *mediante* el ejemplo, la iluminación y la fortaleza de los ángeles de Dios somos equipados para el servicio angélico. El misterio de los ángeles —de la misión divina—, y él solo, manifiesta en último término el misterio de nuestro ser de hombres. Ser verdadero hombre significa dejarse elevar por los ángeles al coro de los ángeles. Cielo y tierra devienen uno, como uno fueron en el principio y, a causa de esta unidad, existen los ángeles de Dios. En cuanto espíritus litúrgicos son también enviados. Para gloria de Dios y para nuestra salvación. Para glorificación de Jesucristo, para alabar, servir y cantar con nosotros. Amén.

[Traducción de Isidro García Tato]